

# POR AMOR A LA PATRIA, UN ENSAYO SOBRE EL PATRIOTISMO Y EL NACIONALISMO

MAURIZIO VIROLI<sup>1</sup>,

*POR AMOR A LA PATRIA,  
UN ENSAYO SOBRE EL PATRIOTISMO Y EL NACIONALISMO,  
AGENTO EDITORIAL, MADRID, 1997*

*(PRIMERA EDICIÓN EN INGLÉS, OXFORD UNIVERSITY PRESS, 1995)*

**M**aurizio Viroli recoge en las páginas de este libro lo más granado de la tradición historiográfica de la historia de las ideas, opacada hoy, pero no por eso menos vigente. Y lo hace con una idea ante la cual puede verter no sólo toda su erudición, sino una pasión que se percibe intelectual y también afectiva. Viroli indudablemente siente un rechazo visceral hacia los nacionalismos en las formas que el mundo, especialmente Europa, ha padecido y padece hasta el día de hoy, como formas distorsionadas de enfocar el problema de la identidad. En cambio, rescata y reencanta el concepto de patria, procurando develar, como historiador, en el transcurso del tiempo, los significados que "académicos, agitadores, poetas y profetas han querido expresar cuando hablaban de amor a una patria". (P. 19) El autor intenta con lo anterior una interpretación histórica más que científica, que supere la sinonimia con que algunos textos analizan el "amor a una patria" y la "lealtad a una nación".

Para Viroli, las distinciones que sitúan al nacionalismo como una singular corriente intelectual nacida en el siglo XVI con la creación del concepto de pueblo soberano, o en el siglo XVIII con la reivindicación de particularidades lingüísticas, religiosas, étnicas y culturales para la nación, conducen a confusiones. El autor sostiene que "el lenguaje del nacionalismo moderno apareció como una transformación o adaptación del lenguaje del patriotismo, por el que palabras como 'patria', y expresiones como 'amor a una patria', adquirieron un nuevo significado, que permitió que ideas como unidad cultural o étnica y pureza, de las que el patriotismo republicano nunca habló ... asumieran un papel central". (P. 23) Patriotismo y nacionalismo deben ser estudiados como dos lenguajes. El patriotismo compete con el nacionalismo en el mismo terreno de las pasiones y la particulari-

1 Los editores españoles cometen un error inexplicable al escribir el apellido de nuestro autor. Aparece en portada como "Virulli".

dad; sin embargo, intenta convertir los vínculos de solidaridad y de fraternidad en fuerzas que sostienen la libertad en lugar de fomentar la exclusión o la agresión. Para los patriotas, el valor principal es la república y la forma libre que ésta permite; para los nacionalistas, los valores primordiales son la unidad espiritual y cultural del pueblo. El patriotismo conduce así a "un amor caritativo y generoso", mientras el nacionalismo conlleva una "lealtad incondicional" que fácilmente se convierte en sectarismo y cuna de todo fundamentalismo racial y cultural. Para Viroli, la patria es inseparable de la república, de la virtud cívica entendida como amor a la patria, a la libertad común y a las instituciones que la sustentan. Su fin es la libertad, que Viroli entiende como "... la posibilidad para todos ... de vivir sus vidas como ciudadanos sin ser oprimidos al denegárseles sus derechos políticos, civiles o sociales. Considero la unidad y homogeneidad cultural, étnica y religiosa como otros tantos vicios." (P. 29)

La preocupación de Viroli por hacer esta distinción no es meramente intelectual. La trabaja también en su función ejemplificadora en momentos de crisis nacionales. A su juicio, apelar al patriotismo en vez de al nacionalismo aporta la misma fuerza unificadora y movilizadora, pero pone el énfasis en los derechos y en la importancia de la ciudadanía más que en las lealtades particulares sobre las que florece el nacionalismo. Aún más, el autor también sostiene que el lenguaje del patriotismo permite superar el tradicional monopolio que han ejercido las derechas sobre el concepto de nación, reemplazando la respuesta del nacionalismo por otra herramienta intelectual política, centrada en el ideal de república. Este es el "patriotismo de la libertad".

Históricamente, el lenguaje del patriotismo moderno fue construido sobre el legado de los antiguos. La palabra "patria" significaba *terra patria* (tierra de los padres), santificada por la religión y por la tradición. Citando a Cicerón, Salustio y San Agustín, Viroli explica que la antigüedad clásica transmitió a la modernidad un patriotismo político basado en la identificación de patria con república, asociación que sobrevivió durante el medioevo en las obras de los filósofos escolásticos. De hecho, en la *Summa Theologiae*, Santo Tomás de Aquino se refiere muchas veces a Cicerón para recalcar que el amor a la patria es una forma de piedad, un afecto que lleva a los ciudadanos a servir al bien común. El autor hace un recorrido por el pensamiento de los humanistas cívicos de las ciudades italianas republicanas para culminar en Maquiavelo, y sostiene que entre ellos predominó también la visión clásica, según la cual *patria* representa a las leyes y a la libertad común. La patria debe merecer la compasión y el cuidado de los ciudadanos, y servirle es la obligación moral más importante del hombre honrado.

Desde mediados del siglo XVI, el lenguaje del patriotismo republicano experimentó una serie de declives, permaneciendo vivo allí donde la libertad política existía. Así, su historia se convirtió en la historia de la libertad. De allí que con las ideas de la Ilustración y su admiración del mundo clásico, haya vuelto a vincularse con la virtud cívica. El artículo *Patrie* en la *Encyclopedie*, bebe de Montesquieu, y afirma que la virtud política es "amor a la patria, amor a las leyes, amor al bienestar del estado, y es particularmente fuerte en las democracias." (P. 101) Se asocia con la preferencia por lo público sobre el interés privado. La patria es más que el lugar donde hemos nacido; es sinónimo de república y libertad, lo que confirma Voltaire en su *Dictionnaire Philosophique*, al afirmar que la patria es la reunión de muchas familias para tratar asuntos comunes, sin referencia a ninguna cultura, lenguaje o etnicidad. Ya no se trata del amor a la tierra, sino el amor hacia los conciudadanos, como afirma Rousseau en su *Discours sur l'origine de l'inégalité*.

Viroli reconoce que el lenguaje del patriotismo derivado de la tradición republicana y la Revolución Francesa no siempre fue adecuado para ayudar a los pueblos a alcanzar su libertad. Y cita a Vincenzo Cuoco, patriota napolitano de fines del siglo XVIII, quien sugiere vincular política y cultura, patria y nación, ya que ambos serían conceptos distintos, aunque Viroli recalca que la vinculación a la cultura de la nación no evoluciona necesariamente hacia la libertad política, *compromiso fundamental de los patriotas italianos de la época*.

Los nacionalistas alemanes se apartaron definitivamente de la tradición que asocia el patriotismo a la virtud cívica. Para Herder, el patriotismo es un antídoto contra la política, despótica, egoísta, conflictuante. Subsume la patria a la nación entendida como "...la cultura específica y la suma de la vida espiritual de cada pueblo... el alma nacional..." (P. 149). Con Herder surge el lenguaje nacionalista, enraizado en una cultura nacional particular, "protegida contra el cosmopolitismo y la asimilación cultural". (P. 151). La nación de Herder ya no es política sino natural. Schlegel, Fichte y Hegel reelaboraron sobre la misma matriz, logrando extender a mediados del XIX en Europa el convencimiento que habría mayor civilización mediante "la defensa de la unidad espiritual y cultural de cada nación." (P. 173). Para el caso italiano, Viroli trabaja la obra de Mazzini, demostrando que hubo un ideal de patriotismo republicano basado en el compromiso con la libertad más allá de las barreras nacionales. A diferencia de Herder, Mazzini concibe una patria como asociación democrática de individuos libres e igualitarios. Sin embargo, sostiene Viroli, apoyado en Mazzini, la "Europa de las monarquías" corrompió el principio de nacionalidad en un racionalismo mezquino, permitiendo el triunfo de la "raison d'Etat" contra la política de la república y el patriotismo. (P. 195).

A pesar de esta desviación, la famosa conferencia de Ernest Renan en la Sorbona en 1882, "Qu'est-ce qu'une Nation", es un indicador que la vinculación entre nación y ciudadanía libre no desapareció del todo. En ella, Renan sostiene que la existencia de la nación es "un plebiscito permanente" (P. 199). Su obra es culminante en la medida en que rompe con la tradición romántica y las tendencias ideológicas del siglo XIX que disolvían la patria en la nación, eliminándose la conexión necesaria por siglos con la libertad. Renan retoma el ideal democrático y republicano, afirmando que la nación reside en la voluntad popular.

*Por Amor a la Patria* es una elaboración sobre las ideas de los que efectivamente son los principales teóricos del patriotismo y del nacionalismo europeos, con un afán ejemplificador notorio en la redacción. La tesis, en palabras del autor, es: "Si la patria es menos que una república en el sentido clásico, los ciudadanos no pueden ser virtuosos: no pueden amar a un estado que los trata de forma injusta... Si la patria es más que una buena república -si es una buena república y una comunidad religiosa o cultural o social-, la virtud cívica probablemente alcanzará su máximo. Sin embargo, también puede degenerar en el amor de los zelotes por la unidad, no en el amor político de los ciudadanos. Esto implica que para que se consolide el verdadero patriotismo, no necesitamos fortalecer la homogeneidad y la unidad, sino trabajar para fortalecer la práctica y la cultura de la ciudadanía." (P. 229). El análisis histórico es impecable, aunque tal vez habría sido interesante que el autor ahondara más en el análisis de los vínculos que sostuvieron a la sociedad durante el periodo medieval cuando patria y nación quedaron subsumidos en la unidad mayor que fue la Cristiandad, como elemento de cohesión espiritual. Ello para contrastar el universalismo

de la Cristiandad y el particularismo de los estados modernos, donde encuentran sus claves la nación y el nacionalismo.

Evidentemente Viroli no tiene en mente los problemas del nacionalismo latinoamericano, y no tiene por qué. Su obra es completa y compleja en lo que trata. Sin embargo, leyéndolo en clave de historia de nuestras culturas políticas, el libro inspira una reflexión necesaria sobre la problemática de la nación y la patria en Hispanoamérica, la cual recién toma vuelo en nuestra historiografía.<sup>2</sup> En este punto es pertinente plantearse un problema que en el caso latinoamericano es crucial, y del cual no se escapa del todo el trabajo de Viroli. Se trata del problema del lenguaje, al que apunta José Carlos Chiaramonte analizando el caso argentino, cuando alerta de una interpretación anacrónica del lenguaje, particularmente peligroso en el caso del término nación, cuyas connotaciones afectivas han sido confundidas con el sentido estrictamente político que, como sostiene Viroli, tuvo en la Antigüedad clásica.<sup>3</sup> Con todo, siempre es conveniente tener en mente que el concepto de nación-contrato, que considera a sus miembros como sujetos políticos y que se vincula con la idea de pueblo, convive con aquella otra, romántica, que suma lo material e inmaterial, el pasado, el presente y el futuro, la cultura. Las desviaciones de esta última noción son efectivamente culpables del nacionalismo, pero no por eso dejan de ser parte integrante del concepto de nación. Aún así también es pertinente mencionar que en el caso de los romanos, la nación y la patria (*patris griega*) tenían un significado próximo, que identificaba también a los "otros", los bárbaros. Estos eran llamados patriotas por su lugar de origen, reservándose para los romanos el estatuto de ciudadanía.<sup>4</sup> Interesante tener en cuenta esta acepción que también se traslada a América donde todavía en la primera mitad del siglo XIX se hace referencia a la nación benguela para designar un grupo de esclavos africanos, o a las naciones indias para referirse a indígenas de la pampa rioplatense.<sup>5</sup>

En el caso de los primeros próceres de las independencias americanas y sus publicistas, ellos efectivamente utilizaron el concepto de patria para significar un estado republicano. Los primeros sentimientos de patriotismo se encuentran recogidos en los diversos catecismos políticos y en las proclamas que circularon por el continente en los años alrededor del cautiverio de Fernando VII.<sup>6</sup> Una proclama, llamada *Rasgo Patriótico*, firmada por "El Patriota de Chile", sostenía que: "La patria no es solo la porción territorial donde cada uno nace, sino el cuerpo político, donde debajo de un régimen civil estamos unidos con los vínculos más fuertes a una misma legislación".<sup>7</sup> Esta declaración, siendo anterior a las independencias, insinúa otro problema de lenguaje. Los primeros patriotas americanos no pensaban en una patria vinculada a una nacionalidad, sino tan sólo en la creación

2 Ver las obras de François-Xavier Guerra, especialmente su *Modernidad e Independencias. Ensayos sobre las Revoluciones Hispánicas*. México, F.C.E., 1992. También François-Xavier Guerra y Mónica Quijada (coords.) *Imaginar la Nación*, Cuadernos de Historia Latinoamericana, número 2, Münster, Hamburgo, 1994.

3 José Carlos Chiaramonte, "En torno a los orígenes de la nación argentina", en Marcello Carmagnani, Alicia Hernández Chávez, Ruggiero Romano (coords.), *Para una Historia de América II. Los Nudos (I)*, F.C.E., México, 1999.

4 Oscar Godoy, "Idea de Nación", *Revista Universitaria*, número 32, 1997, Pontificia Universidad Católica de Chile.

5 Chiaramonte, *op. cit.*, p. 292.

6 Ver Rafael Sagredo Baeza, "Actores Políticos en los Catecismos Patriotas Americanos, 1810-1821" en *Historia*, 28, 1994, Instituto de Historia, P. Universidad Católica de Chile, pp. 273.

7 En Ricardo Donoso (editor), *El Catecismo Político Cristiano*, Imprenta Universitaria, Santiago, 1943.

de instituciones de gobierno y de leyes que reemplazaran la legitimidad monárquica. Por otra parte, ante la necesidad de referirse a una nacionalidad en la cual asentar la patria, ésta es la gran nación americana. La mayoría de las proclamas de los primeros insurgentes, incluido el Plan de Iguala del aspirante monárquico mexicano Agustín de Iturbide, están dirigidas genéricamente a los "americanos" y no a los nacionales de este o aquel país recortado. Esos países, como visceralmente lo sintiera Bolívar, sólo podrían superar su orfandad cuando fueran fuertes, "bajo los auspicios de una nación liberal que nos preste su protección...". Es un error considerar que las primeras repúblicas se constituyen sobre la existencia de nacionalidades hispanoamericanas ya formadas. Este es un esfuerzo que realizaron principalmente los historiadores que asumieron la tarea de "inventar" una tradición que contribuyese a cimentar las débiles nacionalidades sobre las cuales se asentaban los estados.

Inventar naciones particulares, en el caso hispanoamericano, implicaba también necesariamente rechazar la gran nación, desidentificarse con "la madre patria" para construir otras patrias. No sólo desde el punto de vista político, sino también cultural. La herencia española impide la modernización del hombre americano, sostuvo el mexicano José María Luis de Mora: "... el espíritu de cuerpo difundido por todas las clases de la sociedad... debilita notablemente o destruye el espíritu nacional". El chileno Francisco Bilbao, en su polémico "Sociabilidad Chilena", afirmó que España era la Edad Media. Con esto queremos afirmar que, a diferencia de, por ejemplo Francia, donde se formó una nación o una patria francesa a partir de nacionalidades diversas, en América hubo que construir diversas nacionalidades a partir de esa gran identificación histórica que era la matriz española, y esa gran tradición política que era el vínculo con su monarquía. Porque debemos siempre tener en consideración que previo a la Independencia existió en América, tanto de parte de españoles como de americanos, un apego a la "nación española" que era un fuerte elemento unificador. Se trata de un patriotismo imperial que, como señala François-Xavier Guerra, es típico de los estados de antiguo régimen europeo. La madre patria era, por lo tanto, política, moral y espiritual, como escribe el *Diario de México* en 1809: "... La patria... no es otra cosa que la dulce unión que vincula un ciudadano a otro por los vínculos indisolubles de un mismo suelo, la misma lengua, una religión inmaculada, un gobierno, un Rey, un cuerpo, un espíritu, una fe, una esperanza, una caridad, un bautismo y un Dios, padre universal de todos..."<sup>8</sup>

La particularidad de la creación de las naciones hispanoamericanas incluye, entre otras, que su identidad se construye a partir de un mosaico de gente, incluso más complejo que el que enfrentan las naciones europeas de la época, debido a la división entre españoles e indios, entre criollos y peninsulares, y por el mestizaje. Todo lo cual nos remonta nuevamente al problema del lenguaje, puesto que obras como las del Abate Sieyès deben ser aplicadas a realidades que incluyen elementos no decodificables por obras pensadas y escritas para Europa. Porque cuando Sieyès escribe en *¿Qué es el Tercer Estado?*, profusamente leído en Chile: "Nosotros lo hemos dicho: una ley común y una representación común, he allí lo que constituye una nación", difícilmente puede un criollo chileno pensar en aplicar verdaderamente los principios de representación sobre un pueblo que a su juicio, evidentemente, no es calcable al europeo.<sup>9</sup>

8 Guerra, *op. cit.*, p. 96.

9 Citado en Godoy, *op. cit.*, p. 30.

No obstante, porque el problema surge a partir de ese desgarramiento que significa separarse o rechazar la dominación española, esa identidad que podemos llamar americana, al perder su relación con la nación española, no pierde también su correspondencia política, que los primeros patriotas llaman la patria o nación.<sup>10</sup> Esta no se apoya ni en características étnicas como elaborarán los teóricos románticos del nacionalismo, entre ellos Fichte, ni en una comunidad histórica como España.<sup>11</sup> Incluso adentrado el siglo XIX, cuando ya el léxico había hecho predominar el uso del término nación, en 1858, Vicuña Mackenna atribuye a Manuel Antonio Matta las siguientes palabras pronunciadas desde la cárcel: "La patria no es el clima, no son las montañas, no son las casas de nuestras ciudades puestas en hileras. La patria es el honor, es la libertad, es la justicia, es el amor."<sup>12</sup> Es esencialmente política, de tipo antiguo, en lenguaje de Viroli. Así lo afirma *La Aurora de Chile* en 1812, cuando Camilo Henríquez escribe que "la prosperidad nacional se confunde e identifica con el esplendor y fuerza del estado", donde se encuentran "... las ciencias, las letras, las artes, la agricultura, la industria, el comercio, la milicia, la marina, la economía, las leyes."<sup>13</sup> Patriotismo es "amor a la que es nuestra patria", la cual "es aquel cuerpo del estado donde bajo de un gobierno civil estamos unidos para unas mismas instituciones políticas", escribía *El Monitor Araucano* en Chile en 1813. En el mismo artículo afirma que el verdadero patriotismo no proviene del suelo nativo, sino de las virtudes y amor público.<sup>14</sup> Con ello queda claro que la complejidad de la comunidad sobre la que se construye la patria o nación debe tener otras fuentes de legitimidad más allá de la historia y el territorio. En el caso americano, los principios del derecho natural y de gentes, sustanciales a la organización de un estado nacional, apoyaron la sinonimia entre patria y nación. Se comprueba en el manual de derecho de gentes que Andrés Bello publicó por primera vez en Chile en 1832: "Nación o Estado es una sociedad de hombres que tiene por objeto la conservación y felicidad de los asociados; que se gobierna por las leyes positivas emanadas de ella misma y es dueña de una porción de territorio".<sup>15</sup>

En tanto creación política, y a diferencia de Europa, la constitución es el gran recurso para construir la nación. "La constitución es la que recoge el lenguaje que da a la nación su capacidad de obrar en la esfera política", sostuvo *El Constituyente* en 1828 cuando se discutía la nueva carta fundamental. Y allí confirmó la tesis del libro que comentamos: "En las monarquías importa poco que la masa común se llame nación, pueblo, plebe o canalla. En las repúblicas es otra cosa. La nación es la soberanía, y no puede comprenderse en aquella denominación sino lo que participa de la soberanía".<sup>16</sup>

Al igual que en el relato de Viroli, también en América el romanticismo ejerció una influencia decisiva sobre el concepto de nación, si bien sus mentores no comprendieron que las condiciones de etnicidad, en tanto comunes, no se prestaban fácilmente a producir nacionalidades distintas. De allí la afirmación de Mario Góngora sobre la importancia del estado como factor unificador y, en definitiva, forjador de la nación.<sup>17</sup> También de allí

10 Guerra, *op. cit.*

11 Pilar González Bernaldo, "La Nación como Sociabilidad. El Río de la Plata, 1820-1862", en François-Xavier Guerra y Mónica Quijada (coords.) *Imaginar la Nación*, Cuadernos de Historia Latinoamericana, número 2.

12 Fondo Vicuña Mackenna, *Archivo Nacional de Chile*, XLIX, número 23.

13 *La Aurora de Chile*, número 33, 24 de septiembre de 1812.

14 *El Monitor Araucano*, número 2, 8 de abril de 1813.

15 Andrés Bello, *Principios de Derecho de Gentes*, por A.B., Santiago de Chile, 1832, p. 31.

16 *El Constituyente*, 13 de junio de 1828.

17 Mario Góngora, *Ensayo sobre la Noción de Estado en Chile en los Siglos XIX y XX*, Santiago, Editorial Universitaria, 1986.

—volvemos a los historiadores— la necesidad urgente de forjar historias patrias y de poner la cultura incipiente, debatida por una opinión pública de formación moderna, al servicio de la construcción de esa nación. El romanticismo literario, el lenguaje, la ortografía, la filosofía de historia, las artes y el teatro, toda la polémica cultural se remitirá a la nueva nación. No obstante, también en la línea de Viroli, todos los referentes de la discusión serán siempre políticos. La cultura al servicio de la nación, y esta como entidad política. "No es bello sino lo útil; he aquí la máxima democrática a la que quisiéramos ver subordinada la literatura americana", escribió *El Mercurio* en 1844.<sup>18</sup> En el mismo artículo desarrolló la idea de que "... la poesía pudiera ser entre nosotros tan poderoso elemento de civilización haciéndose eco de todas esas verdades sociales que es tiempo ya de propagar en las clases bajas tan inferiores... que son llamadas por nuestros principios fundamentales a entrar un día en el ejercicio de todos los derechos políticos..." Para la generación romántica, la cultura es funcional a la creación de la nacionalidad. La gran diferencia con las naciones europeas es que el siglo XIX no puede crear un discurso nacionalista puesto que la nación no es vista como una realidad sino como un proyecto. Justamente por el estrecho vínculo entre nación y estado, conscientes de que la república democrática es un proyecto que depende del tránsito hacia el progreso, la consolidación y reconocimiento de la nación deberá esperar que ambas realidades, república y nación, puedan coincidir. En otros términos, que sociedad civil y sociedad política puedan remitir a una misma realidad.

Aunque escapa a la posibilidad de encuentro entre el análisis contenido en *Por Amor a la Patria* y los conceptos de patria y nación en América, queremos sólo dejar enunciado que en este continente será finalmente el positivismo, en sus distintas vertientes, el que permita la gran síntesis que descubrió a la nación en la raza, y con ello abrió la compuerta al discurso nacionalista. Fue el gran mito unificador que permitió la definitiva ruptura con el pasado colonial, la gran esperanza de constitución definitiva de naciones hispanoamericanas: Porfirio Díaz esperaba alcanzar el crisol de la mexicanidad con su método científico. Lastarria, Valentín Letelier y Encina, entre otros, se aferraron a la posibilidad de la nación; aquella nación que, a diferencia de Europa, siempre se vislumbró como futuro y nunca como presente.

Finalmente, una nota al editor, sobre un aspecto no menos importante. Siempre molesta la actitud pedante de quienes reseñan libros buscando la minucia del error formal. Pero equivocar el apellido del autor puede ser un error mayor. Viroli, no Virolli.

ANA MARÍA STUVEN, PH.D.

PROFESORA / INVESTIGADORA.

INSTITUTO DE CIENCIA POLÍTICA

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE

Enero de 2000

18 *El Mercurio*, Valparaíso, 14 de febrero de 1844.